

DE BUENAS LETRAS

# Duane Michals está en el Centro Guerrero

**JOSÉ CARLOS ROSALES**

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Las fotos ya no son lo que eran: cada segundo miles de imágenes circulan vertiginosamente de un sitio para otro, imágenes que tal vez no mire casi nadie pero que están ahí, rodeándonos, imágenes o residuos de imágenes que están cambiando nuestra manera de ser o de pensar, nuestro modo de mirar el paisaje, la foto de una calle o de una casa.

De ahí que la exposición que ahora reside en el Centro José Guerrero funcione como eficaz dispositivo para reivindicar el trabajo fotográfico, las fotos de formato pequeño, no sólo como producción documental sino también como labor artística, como canal explícito de las pulsiones más íntimas, como poderoso mecanismo contemporáneo de creación y denuncia y rebeldía. Estoy hablando del fotógrafo estadounidense Duane Michals y de la fascinante exposición antológica que el Centro Guerrero ha organizado en colaboración con la Fundación Mapfre. Inaugurada el pasado mes de enero, cerrará en pocos días y merece la pena ser visitada con calma, no sólo una vez, mejor dos o tres veces.

Los primeros trabajos de Duane Michals

(Pittsburgh, 1932) se remontan a 1958, cuando logró llevar a cabo un sueño juvenil, hacer un gran viaje. Trabajó mucho, ahorró un poco y se compró un pasaje para la Unión Soviética. Viajó como simple turista y los turistas siempre llevan consigo una cámara fotográfica: la pidió prestada y ahí empezó todo. Todavía hoy podemos percibir, en aquellas fotos de 1958, un toque de misterio, espontaneidad o sorpresa. Cuando aterrizó en Nueva York ya tenía decidido ser fotógrafo.

Pero Michals nunca ejerció su oficio respetando las normas establecidas, nunca estuvo pendiente de captar el 'momento decisivo', la instantánea fugaz; nunca quiso demorarse en lo que cualquiera puede ver cada día. Duane Michals rompió las convenciones del arte fotográfico de su época y detuvo su atención en todo lo que no puede verse, lo más escondido, la memoria del lugar, la sombra de lo que hay. Para lograrlo articuló secuencias o series, inventó una realidad paralela, incluso trabajó en obras sin imagen o en imágenes acompañadas de hermosos textos y poemas que nos abren con enorme sencillez un mundo propio, su vida personal, sus

pensamientos más vulnerables. «Fotografiar la realidad es fotografiar nada», escribió en 1975. Puede comprenderse este propósito deteniéndose, por ejemplo, ante la escueta y penetrante serie de 'La casa que una vez llamé hogar' y leer uno de los dolorosos poemas que la acompañan: «Te diré lo que sé. / Padre vivía de incógnito en su propia casa. / Era un extraño para su esposa. / [...] Una vez lo vi llorar. / Nunca se me ocurrió preguntarle por qué. / Cuando murió ya era un fantasma [...]». Otras veces sus series se convierten en paradojas irónicas sobre la vida cotidiana, encadenamientos lúdicos con frecuencia acompañados de una cuidada vibración lírica. Así ocurre con 'El ángel caído' (1968), 'Las cosas son raras' (1973) o 'El hombre en la habitación' (1975).

Duane Michals revolucionó la fotografía de su tiempo y los ecos de esa revolución llegan hasta nuestros días. «Siempre he hecho lo que tengo que hacer», afirma cuando tiene que explicar la notable coherencia de su labor creativa. Y, como resumen de sus procedimientos de trabajo, añade: «Aproveché todas las oportunidades que tuve, especialmente cuando no sabía lo que estaba haciendo». Dos buenas coordenadas para un tiempo que se mueve sin dirección, sólo con avaricia.

Más de una vez se ha destacado que Michals acude a sus sesiones de trabajo sin demasiados artilugios, sin ayudantes o becarios. Siempre busca una fuente de luz natural, nunca usa flashes o focos y muchas veces sólo lleva una vieja Nikon y un par de objetivos. Lo más sorprendente es que nunca estudió fotografía. Por eso resultan tan envidiables y verosímiles sus confidencias: «No tengo nada de qué quejarme, no cambiaría nada de mi vida». Probablemente la fotografía vuelva a ser lo que fue.